

cuentos

Su nombre fue el de Silvia

Siguiendo con tosudez aquel precepto de Heráclito que reza: "no te bañes dos veces en el mismo río", Silvia jamás se acostó dos veces con el mismo hombre.

Un nombre para un martirio.

Solo el nombre cuenta. Catalina fue virgen mientras vivió. Al ser elegida para el martirio su cuerpo negaba la muerte por su lisura y su integridad; sus enemigos decidieron mutilarla y negarle un nombre para otorgarle otro: le cortaron los senos: fue violada. Dejó de ser Catalina la Virgen para convertirse en Catalina, la mártir de la virginidad.

Los delirios

La palabra de Dios quemó sus labios y la condenó a la vida libertina de los profetas: de su boca fluían, como de los ríos, los atardeceres melancólicos.

Llamarse Vetus

Por un delito inalcanzable e ignorado (y por tanto obscuro). Vetus fue condenado a muerte. Eligió un suicidio tranquilo y placentero; abrirse las venas. Su suegra, no se sabe por qué ella y no su madre (quizá porque había muerto), decidió morir con él. La tradición de las patricias era arraigada y las mujeres se exiliaban o se suicidaban con sus maridos, sus hijos o sus padres. La hija de Vetus trató de corroborar ese destino y acompañó a su padre al sacrificio. Los tres se abrieron las venas con el mismo cuchillo. Los tres, también, entraron juntos al baño, cubiertos por decencia con una sola prenda de ropa.

Magdalena y Antonio

Magdalena lava los pies del Cristo con ungüentos y los seca con sus cabellos extendidos como manto. la túnica deja escapar un seno; alza los ojos y mira extasiada el halo luminoso con que el pintor orla la frente del ungido: los convidados se extasían en la gula y la lujuria se acurruca en el escote y en la celda del eremita Antonio, cada vez que la contempla.

La marquesa de Alba

Si la marquesa de Alba no se hubiera llamado Cayetana no hubiera tenido los senos separados ni los pies pequeños y cal-

zados con satén de seda, privando al mundo de una de sus mejores pinturas al desnudo o al vestido.

Lilit

Adán fue abandonado por su primera compañera que se llamaba Lilit. Se quejó ante Dios y este mandó comparecer tres ángeles: Senoy, Sansenoy y Semangelof para que trajeran a Lilit de vuelta. La encontraron a la orilla del Mar Rojo, región que abundaba en demonios lascivos.

— ¡Vuelve a Adán sin demora, si no te ahogaremos!, le dijeron. Lilit contestó:

— ¿Cómo puedo volver con Adán y vivir como una dama de casa honesta después de mi vida en el Mar Rojo?

— Si no vuelves, morirás, así lo dice Jehová.

— ¿Cómo puedo morir, volvió a preguntar Lilit, cuando Dios me ha ordenado que me haga cargo de todos los niños recién nacidos; me ha ordenado que cuide a los niños hasta el octavo día de vida, el de la circuncisión, y de las niñas hasta el vigésimo día? No obstante, si alguna vez veo vuestros nombres o vuestra semejanza exhibida sobre un amuleto que lleve un niño recién nacido, prometo perdonarlo".

Adán y Lilit no pudieron vivir mucho tiempo juntos, a pesar de que su relación tuvo lugar en el Paraíso, donde no existe el tiempo, y mucho menos antes de la Caída.

Un caso clínico

El Dr. Manuel Eibenschütz, erudito y filólogo decimonónico, vio aparecer su nombre inscrito entre los mártires cristianos. El libro, imposible de conseguir, había sido manuscrito con letra temblorosa en vísperas de la Santa Cruz en el Año del Señor de 1350, en Wirtenberg, donde en otro año del Señor, había nacido Fausto (el del infausto nombre por su asociación con los demonios). El Todopoderoso ayudó a escribir todos los nombres: la conmoción que el copista sufrió al sentir la mano de Dios ayudándolo a caligrafiar la santa nomenclatura y la sordera extrema que le provocó oír los nombres pronunciados en su oreja por el aliento del Todopoderoso y Omnisciente, lo hicieron extraviar el manuscrito. Gracias a Eibenschütz, cuyo nombre es más corriente y nada tiene que ver con los mártires cristianos, el libro que deletrea los nombres de los Santos fue conservado. Este testimonio lo encontró entre sus papeles un doctor llamado Sigmund Freud.

